Año IX.—Núm. 150 Sabadell 25 de Agosto 1906

EL TRABAJO

Periódico obrero bimensual * * * * * * * Redacción y Administración: Estrella, 110

Preparándose una infamia

El día 9 de los corrientes, los que suscribimos y otros muchos ciudadanos de Sabadell, fuimos llamados al cuartel de la Guardia civil de esta ciudad, donde nos interrogó el sargento del indicado cuerpo é inscribió nuestra filiación en un libro encabezado con la inscripción siguiente: **ATESTADO ANARQUISTA.**

Ahora bien: ¿por qué se nos distingue del resto de los ciudadanos sabadellenses? ¿por qué, nuestros nombres sin mácula, se anotan en el registro de los sospechosos? ¿qué razón, qué motivos, qué suposiciones, qué indicios abonan tan inicuo procedimiento?

Aquí están todo el vecindario, todas las autoridades de la población ¿cuando, en qué momento hemos dado motivo para ser mal calificados de nadie? ¿quién ha tenido necesidad de corregir nuestros actos en ninguna de las fases de nuestra existencia?

Nuestra filiación política es bien conocida de nuestros conciudadanos; republicanos federales unos, de la unión otros, societarios é indiferentes muchos y con aspiraciones de redención social una ínfima minoría, aspiraciones sentidas y profesadas con honradez y convicción.

¿Y es por esto que se nos marca la frente con el sambenito de sospechosos separándonos de la ley común y amargando nuestra vida? ¿Ó es que, se fragua una monstruosidad y se nos destina el papel de víctimas expiatorias de delitos que ni siquiera concebimos?

Si es así, nuestras protestas han de llegar á lo más hondo del corazón de todos los hombres honrados, porque nosotros que odiamos el crimen, sea cual fuere su significación; nosotros que aborrecemos el delito, no importa su importancia jurídica, no queremos pasar como autores, cómplices, ni propagadores de crímenes ni delitos que no hemos cometido ni cometeremos nunca.

Conocemos la historia de la nación en que hemos nacido y sabemos que dos ó tres meses antes de cometerse el horrible atentado de la calle de Cambios Nuevos de Barcelona, se hizo una lista de sospechosos y que apenas perpetrado el atentado se llenaron los calabozos de Montjuich de ciudadanos que más tarde, después de sufrimientos sin fin, comprobaron su inocencia.

¿Se pretende ahora repetir aquella monstruosidad ó bien se intenta dar cumplimiento á la fiebre de mando, al delirio de grandezas de algún centro policíaco de los que recientemente, según la prensa, aseguraron que en Sabadell se fraguaban toda clase de complots terroristas y se fabricaban todos los explosivos que estallaban en Barcelona?

Nosotros no queremos alentar con nuestro silencio tan infames maquinaciones. Aspiramos á que todo el mundo sepa que no queremos expiar crímenes ajenos, que no nos conformamos con la denigrante situación de sospechosos que á la fuerza, contra nuestra voluntad y sin razón, nos han creado. Merecemos la consideración de nuestros semejantes y el respeto de las autoridades. Porque lo merecemos lo exigimos en justicia. Y si en los antros donde se forjan los maquiavelismos creen llegado el momento de saciar sus instintos homicidas con sangre y lágrimas de inocentes, sea: pero á la luz del día; que la opinión pública pueda percibir á los victimarios, que el pueblo pueda ver á sus verdugos.

Nosotros cumplimos con nuestro deber dando el grito de alarma para que los hombres de corazón, los justos, los enérgicos, los buenos, sepan lo que aquí ocurre y obren en consecuencia.—Sabadell, 17 Agosto de 1906.—Juan Molinè.—José Moreno.—José Miquel.—Luis Rusiñol.—José Martínez.

Las reliquias (1)

El culto de las reliquias, que se relaciona íntimamente con el de los santos, es una de las supervivencias del fetichismo primitivo. Fué fomentado y desarrollado con exceso por la casta sacerdotal, arrastrada á este camino regresivo por el lucro enorme que les reportaba. La historia de la Edad Media ofrece innumerables ejemplos de disputas entre conventos é iglesias por la posesión de una reliquia bien acreditada. Un sentimiento ajeno á la necesidad del culto y aun á la religión hizo dar á estas prácticas supersticiosas un desarrollo inaudito. Son conocidas las palabras del clérigo de Marolles después que hubo besado, en la catedral de Amiens, la cabeza de San Juan Bautista: «¡Dios sea alabado! ¡Es la quinta ó sexta que he besado en mi vida!»

Ludovico Lalanne ha publicado un registro de las reliquias esparcidas en la catolicidad, en que se

(1) Del libro *Origen del Cristianismo.*

demuestra el grado de aberración á que se llegó. Del mismo resulta que con el conjunto de las respectivas reliquias, se pueden reconstituir para san Andrés, 5 troncos, 6 cabezas y 17 brazos, piernas y manos; para santa Ana, 2 cuerpos, 8 cabezas y 6 brazos; para san Antonio, 4 cuerpos y una cabeza; para santa Bárbara, 3 cuerpos y 2 cabezas; para san Basilio, 4 cuerpos y 5 cabezas; para san Blas, 1 cuerpo y 5 cabezas; para san Clemente, 3 cuerpos y 5 cabezas; para san Eloy, 2 cuerpos y 3 cabezas; para san Esteban, 4 cuerpos y 8 cabezas; para san Jorge, 30 cuerpos; para santa Elena, 4 cuerpos y 5 cabezas; para san Hilario, 8 cuerpos; para san Juan Bautista, 10 cabezas; para santa Juliana, 20 cuerpos y 26 cabezas; para san Ligero, 5 cuerpos, 10 cabezas y 12 manos; para san Pancracio, 30 cuerpos; para san Lucas, 8 cuerpos y 9 cabezas; para san Felipe, 3 cuerpos, 18 cabezas y 12 brazos; para san Sebastián, 4 cuerpos, 5 cabezas y 13 brazos, etc.

Por inverosímil que parezca, á primera vista, esta extraña enumeración, su sinceridad y su exactitud están muy lejos de ponerse en tela de juicio y ni de ser contradicha por los inventarios de ciertas iglesias.

El clérigo Deregnaucour, en su historia del *Clergé du diocese d'Arras,* afirma que la abadía de Flines poseía en sus relicarios: un trozo de la verdadera cruz, cabellos de la Santísima Virgen, trozos considerables del santo Sudario, trozos del vestido de nuestro Señor Jesucristo, de la santa esponja, de la santa lanza, una espina de la santa corona, una gota de la preciosa sangre, el vaso de la Magdalena, una parte de la cabeza de san Clemente, una costilla de san Nicolás y un dedo de san Humberto.

En Aire, una iglesia no menos rica exhibía, además de los huesos de gran número de santos y santas, de once apóstoles, de diez mil mártires y de santos inocentes, tres pedazos de la verdadera cruz, una espina de la corona, una gota de la sangre del milagro, un diente de santa Austraberta, un diente de san Pedro, el brazo de san Adriano, la pierna de san Víctor y el cráneo de san Juan Bautista.

La colección de la capilla del Mercado, en *Saint Omer,* más sorprendente aún, comprendía, según antiguo inventario publicado por Vallet de Mirelle:

Un pedazo de la verdadera cruz y de la lanza.

Pedazos del maná que cayó del cielo.

Un fragmento del sepulcro de Jesucristo y del vestido de santa Margarita.

Un pedazo de la piedra en la cual Dios escribió con su dedo la ley de Moisés.

Un pedazo de la piedra sobre la cual Jacob atravesó el mar.

Una gota del sudor de Jesucristo.

Cabellos de la Virgen santa.

Un pedazo de la flor que la Virgen presentó á su hijo.

Un pedazo de ventana por la cual el ángel Gabriel entró para saludar á la Virgen.

Más milagrosa era todavía la reliquia de un monasterio de Jerusalén, que contenía un dedo del Espíritu Santo.

Puede calcularse, por estos ejemplos, la prodigiosa cantidad de reliquias de una autenticidad por lo menos sospechosa, ofrecida á la credulidad pública.

Casi todos los personajes del Olimpo católico han sido puestos á contribución para formar este vasto continente. Los reliquias más preciosas y estimadas son, naturalmente, las concernientes á la persona de Jesucristo, y éstas son tan numerosas como variadas, su túnica se encuentra á la vez en Moscou, en Tréveris, en Argenteuil y en Roma, en las iglesias de San Juan de Letrán y de Santa Martineta. Sus lágrimas, su sangre y su sudor han suministrado una abundante cosecha: la santa lanza se encontraba en Nuremberg, en la abadía de Montdieu, en la abadía de la Tenaille, en Saintonge, en la Selva, en la santa capilla de París, en Moscou y en Antioquía; los clavos de la cruz se han multiplicado á tal extremo que Dulaure contó cuarenta y Collin de Plancy más de doscientos, lo mismo ocurre con la corona de espinas, la esponja y otros accesorios de la crucifixión; en cuanto al madero de la cruz, encontrado milagrosamente, se ha multiplicado en tantos pedazos, que Calvino decía que reunidos habría para el cargamento de un navío. En 1489 la Facultad de Teología de París decidió que debía á la cruz de Jesucristo el mismo género de adoración que á Jesucristo mismo, es decir, el culto de latría.

El culto de la cruz presenta un carácter fetichista, tan acentuado, que en Roma el crucifijo de bronce de la iglesia de San José tiene la boca y la barba gastados por los besos de los fieles; igualmente la estatua de la Virgen, en san Agustín; el pie de san Pedro, en bronce, en san Pedro, y el pie de Cristo en la iglesia *Quo Vadis Domine.*

El culto de las reliquias, después de haber tenido originariamente cierta utilidad por haber contribuído á limitar, temperar y canalizar las innumerables y groseras supersticiones de la Edad Media, ha sido, poco á poco, desviado de su objeto primitivo para convertirse en fuente de explotación monástica. La Reforma asestó el primer hachazo en el bosque de las supersticiones; la Revolución continuó la obra de depuración, con medidas que un escultor cristiano aprecia en estos términos: «Ninguna cosa puede vivir fuera de las condiciones de su existencia, y es amarga irrisión acusar al viento de tempestad el haber derribado el árbol mutilado que no tenía ni raíces, ni follaje. Notémoslo bien, cuando la Asamblea constituyente promulgó su célebre decreto de 13 de Febrero de 1790, que destruía por completo el edificio monástico, no hacía más que proclamar una ruina consumada».

Cuando Federico el Grande decía que si sus soldados pensasen abandonarían las filas, ¿de que le servía á él el pensar?

¡Otro Chicago!

No encontramos frases bastante duras para condenar el horrendo crimen cometido por el gobierno de la república federal de Méjico.

Los mineros de la Cananea se declararon en huelga para mejorar las condiciones de trabajo. El Gobierno federal, teniendo en cuenta, sin duda, una conocida frase del jefe de los conservadores españoles, mandó sobre los huelguistas á las tropas *aliadas* —mejicanas y norte-americanas—. En el primer momento los huelguistas tuvieron que refugiarse en el interior de las minas, no sin haber sufrido innumerables víctimas.

Los obreros, exasperados por semejante proceder, volaron varios depósitos.

Estas fueron las primeras noticias.

Más tarde se ha sabido que las tropas federales han sostenido una *batalla* con los huelguistas durante *tres días*, en la que hubo más de *cien muertos*.

Pero la noticia más estupenda es esta otra: *el día 3 de Junio, á las nueve de la mañana, fueron fusilados, por orden del gobierno mejicano, ocho obreros, considerados como agitadores de la huelga.*

Ante tal monstruosidad, ante crímen tan horrendo, no podemos menos que sentirnos profundamente indignados y protestar contra el régimen que los produce, contra la sociedad que con su irritante desigualdad convierte en fieras á los que ven cercana la hora de rendir cuentas á la Justicia humana.

***

Ya compuestas las anteriores líneas, leemos en la prensa obrera que en Méjico han sido fusilados siete obreros más, á consecuencia de la huelga, y que por el mismo motivo han sido encarcelados por el gobierno del déspota Porfirio Díaz, 84 huelguistas.

¡Así, así se respetan las libertades! ¡Ni en Rusia!

La revolución rusa

Nuevamente el proletariado ruso da inequívocas pruebas de su virilidad. Otra vez su generosa sangre corre á raudales por las calles del imperio moscovita. La revolución está en su período álgido y amenaza aplastar de un momento á otro la odiosa cabeza del monstruoso autócrata.

Huelga general de empleados del ferrocarril, sediciones militares, huelga de estudiantes, alzamientos de poblaciones en masa... La policía es ya impotente para contener la inmensa avalancha popular que pide enérgicamente su vindicación.

La disolución de la Duma ha sido el pedernal cuyas chispas no tardarán en convertir el imperio moscovita en un montón de ruinas.

El corazón del que podemos llamar último autócrata parecía no oir el grito de indignación de *su amado* pueblo, grito por tantos siglos reprimido por el miedo ó ahogado con sangre en la garganta de los más atrevidos, de los más rebeldes. Sólo ahora que la revolución avanza potente y arrolladora, triunfante y magestuosa, empieza á convencerse de que no es posible tener por más tiempo á todo un pueblo ungido al carro de la más malvada y afrentosa esclavitud. Y ve tambalear su poderío y tiembla. La realidad le confunde, le anonada.

Pero no quiere aún soltar la presa, y los fusilamientos se suceden. Espera aún poder ahogar en un mar de sangre los generosos impulsos de un pueblo que quiere vivir, cuando menos, en el ambiente de libertad que respiran las demás naciones del continente europeo. ¡Vana esperanza! Su conducta sólo sirve para avivar el odio contra el absolutismo y acrecentar el espíritu de solidaridad entre los hombres de sentimientos humanos.

Levántanse ya de un confín á otro confín airadas protestas contra los asesinatos que se cometen á diario por los esbirros de un régimen absurdo y arcaico, demostración evidente de que la lucha les interesa, de que las simpatías de todo el proletariado consciente están por los revolucionarios rusos.

Asistimos á un duelo entre lo caduco y lo nuevo, entre lo que nace y lo que muere, entre la libertad y el absolutismo. ¿Quién vencerá á quién?

La luz desvanece la sombra más obscura, más opaca. El Progreso derrumba á su paso lo atávico y anacrónico. Pronto no quedará el menor vestigio del grandioso poderío de los Romanoff.

La revolución avanza, avanza siempre, arrolladora, triunfante, majestuosa.

M. Badía Arnal

Los pobres de Dios

Un código de moral revelado al hombre por la sabiduría infinita, ha de ser necesariamente irrefutable por la lógica humana.

Si la razón lo refuta, sucederá una de dos cosas: ó la revelación es falsa ó sus enseñanzas son inaplicables.

¿Es irrefutable la moral contenida en el Evangelio?

Si se examina esta proposición bajo el punto de vista de la sociología, prescindiendo de otros muchos puntos de vista, hallaremos una negativa terminante y categórica.

Contra los tristes efectos de las injusticias sociales recomienda el Evangelio la caridad, no como virtud transitoria, sino como una práctica permanente: Jesús profetiza que siempre habrá pobres entre nosotros. Por consecuencia, el bueno ha de ser caritativo hoy, mañana y hasta el fin del mundo; y tanto es así, que, preguntando el maestro qué es necesario para alcanzar el premio señalado á los justos, responde:

—Despojarse de todos los bienes terrenos y repartirlos entre los pobres.

¿Qué es el pobre? Doy la respuesta contenida en el primer diccionario que tengo á mano: un hombre necesitado, menesteroso, desprovisto de lo necesario. La definición es exacta: desprovisto de lo necesario. Fijaos en la significación de tan terrible frase.

El que carece de lo necesario no puede vivir, porque lo necesario no es lo superfluo, ni lo accidental, ni lo condicional; es lo imprescindible, la circunstancia de la vida, fuera de lo cual sólo se halla la muerte.

¡Siempre habrá pobres entre nosotros! Es decir, siempre habrá en el mundo quien carezca de lo necesario. Siempre habrá quien carezca de alimentos para restaurar sus perdidas fuerzas, de casa y vestidos para defenderse del rigor de las estaciones, de instrucción y ciencia para desarrollar sus facultades intelectuales.

¡Fatídica profecía!

¡Siempre habrá pobres entre nosotros! Es decir, siempre habrá quienes vivirán fuera del derecho natural, consistente en la legítima posesión de la parte que le corresponde del patrimonio universal, y, por consiguiente, siempre habrá espoliadores, tiranos y explotadores.

¡Y esto lo dice un dios que todo lo sabe y todo lo puede, y que con todo su poder y toda su sabiduría ha creado el mal en el mundo, le deja subsistente, y para remediar su torpe conducta recomienda la caridad!

Si eso es Dios, razón tuvo Proudhon para decir: ¡Dios es el mal!

Pero la profecía divina no se cumplirá; tiene en su contra dos fuerzas poderosas, más poderosas que esa divinidad que, pudiendo evitarlo, crea los males para dar lugar á que se ocupen en algo los caritativos; esas dos fuerzas son: el Progreso y la Ciencia; y si esto no basta, aun puede añadirse: la Bondad humana.

El Progreso conduce á la humanidad por la perfección relativa á la perfección absoluta; la Ciencia lleva sus luces al conocimiento, y, por consecuencia, al aniquilamiento de todas las causas del mal, y la Bondad humana que ha salvado los límites de las bárbaras sociedades primitivas, que no pereció en el régimen de las castas, ni en el trastorno de las conquistas y de las irrupciones de la Antigüedad, ni en la dominación teocrática de la Edad Media, seguirá su marcha incesante, y con la Sociología hallará teóricamente la sociedad justa y con la Revolución destruirá todos los privilegios y contra la previsión y la voluntad de Dios establecerá la libertad, la igualdad y la fraternidad, y acabarán los pobres entre nosotros.—L.

El día en que el proletariado se encuentre compacto, instruído y fuera del alcoholismo, será una hermosa realidad la paz y bienestar de todos los humanos.

R. DE CASTILLA MORENO

La redención

La tontería judaica imaginó la creación de la creación de la primera pareja humana, con su pecadillo fatal, castigado por una continuidad infinita de males y de sufrimientos, infligidos, no sólo á los dos culpables, sino á todos sus descendientes. Nosotros lo somos y sentimos la cantidad infinita de dolor que sobre nosotros pesa. Los fundadores del cristianismo, explotando el terror de los males naturales, empeoraron la leyenda judía imaginando la redención, el rescate del supuesto pecado cometido por aquellos inexpertos enamorados que robaron una manzana al viejo Javé.

Vengamos ahora á la vida común. Supongamos que me habéis hecho una ofensa tan significante como el robo de una manzana, y que yo poseo una bondad y una justicia extraordinarias, y que os castigo como si hubierais cometido el mayor de los crímenes; después de vosotros, á vuestros hijos, hasta que algunos de estos últimos merezcan el perdón, martirizando hasta que muera á mi propio hijo. Entonces quedo satisfecho: el crimen de los descendientes de los que se comieron mi manzana queda perdonado por el asesinato de mi hijo.

—¡Pero eso es ser loco de atar! me dirá el más prudente.

—No, responderé; eso es ser como Dios, infinitamente piadoso y justo.

En efecto, Javé perdona á los hijos de Adán, en las incomparables condiciones siguientes; primeramente, triplicándose en padre, hijo y espíritu, el primer cacho divino envía á la tierra al segundo, que nacerá en el seno de una virgen por la operación del tercero: Tratad de recordar, pero no intentéis comprender.

Entonces, con una bondad, clemencia y justicia infinitas, el cacho número 2, el hijo, que se conduce en el país de su nacimiento como si fuera un hombre descontentadizo, llorón, vago é incoherente, acaba por ser suplicicado, á petición de la multitud que le amaba mucho, por algunos descendientes de los antiquísimos comedores de la manzana robada.

A partir de aquel suplicio, los hijos nacerán *casi* sin pecado original, y para *lavar* lo poco que queda recibirán, y no de balde, una rociada de agua en la cabeza, suministrada por uno de los ministros de ese dios cuya historia resumo aquí, la cual llamada bautismo (del griego *baptisma*—yo lavo) es insuficiente para lavar la criatura, pero que, practicada en un salón frío y con agua fría, *si no se paga* caliente, puede constipar al recién nacido, en vez de dejarle tranquilamente con su madre acabar su incubación.

Pues muerto Jesús, y bautizado yo, estoy libre del pecado cometido por mis remotos abuelos; pero eso no me libra de tener tantos sufrimientos, enfermedades, opresiones y miserias como antes de la muerte del hijo de Dios, Dios el mismo y Hombre y Dios á la vez, tenga ó no la cabeza remojada.

* * *

Cuando una educación basada sobre realidades científicas, libre de toda afirmación errónea ó sencillamente dudosa, ha conducido un ser humano al estado adulto, puede leer sin peligro esos cuentos fantásticos, resultado de la pobre mentalidad de la masa de los primitivos y de la picardía de algunos que han agravado la estupidez de los dogmas, para embrutecer y explotar más fácilmente á los débiles; el así educado sentirá compasión hacia aquellos pobres antepasados que, en lugar de observar los hechos y aprender verdades, imaginaron semejantes locuras.

Pero cuando desde los primeros vagidos de la criatura se le imponen esas tonterías, se continúan luego durante doce años ó más, y la primera comunión consagra su completa penetración por la doctrina cristiana ha de procurarse á toda costa y por todos los medios, suaves si es posible, violentos si son necesarios, destruir ese embrutecimiento universal.

Corramos, todos los que hemos sufrido y de él nos hemos librado, al socorro del inmenso número de los que en él están todavía sumergidos. Redentores más positivos que el cristo, no temamos los peligros que nuestros predecedores, conocidos ó desconidos, célebres ú olvidados, desafiaron para librar á nuestros hermanos de la opresión, de la ignorancia y de la mentira; trabajemos sin descanso para el aniquilamiento de las potencias espirituales y temporales. Adoptemos y apresurémonos á realizar prácticamente, para el niño como para el adulto, la famosa fórmula de Blanqui: «Ni Dios ni Amo.»

La voz de las sombras

Somos las pobres almas del limbo, los pepueñuelos que bosquejó el amor y que no nacieron.

Queríamos vivir como los otros y con toda la fuerza de nuestros átomos no pudimos agarrarnos á la vida. En los vientres vacíos de nuestras madres no había bastante substancia para nosotros, y fuimos paridos marchitos antes de abrirnos. Su sangre era pálida y clara, sus carnes blanquecinas y marchitas, casi muertas, de una muerta de fatiga y sufrimiento. En sus costados, tiritando bajo débiles vestimentas en las noches trágicas del invierno, ó sudando como acémilas en las hornazas de las fábricas; en sus cuerpos de pie siempre tras los aparadores ó plegados sin cesar sobre las labores, no pudimos crecer, y morimos. La miseria, como un abortivo, nos agarró con sus zarpas, arrancándonos de las entrañas anémicas.

Somos los infelices pequeñuelos que no han podido nacer porque sus madres tenían mucha hambre, mucho frío, porque sufrían tanto como los brutos, sin descansar jamás, sin tener tregua ni reposo. Y de esta existencia que teníamos prometida y á la cual teníamos derecho como los hijos de los ricos, simientes de parias no hemos sentido otra cosa más que sensaciones de dolor, eco de las angustias maternales, anticipo de los goces venideros,

Somos los hijos de las madres temerosas, de las madres que han preferido nuestra muerte en germen á la larga agonía de nuestra vida primera. Somos los muertos de hambre ante los pechos exhaustos; los muertos de frío en las noches de Diciembre cuando nuestros padres vagaban sin albergue... Somos los pobres golfillos que recogen yertos en los caminos, en los bosques, en los quicios de las portaladas; los pobres golfillos conducidos en caravanas á las cárceles y á las correcciones para vivir como pájaros. Como la humanidad infantil proscripta, marchita en flor, maldita de Dios y de los hombres.

MADAME SÉVÉRINE

Convicción instintiva

El proletario tiene la convicción instintiva de que «la sociedad no es justa», que está «mal organizada», pero su entendimiento, incapaz de un largo análisis, no concibe el remedio eficaz para sus males. No comprende, salvo un corto número de conscientes, que el salariado, sucedáneo de la servidumbre y la esclavitud, es el obstáculo fatal á la emancipación; acostumbrado á la tutela, no concibe que puede pasarse sin patronos, y substituyéndoles la asociación, formada por trabajadores como él, después de haber entrado revolucionariamente en posesión de los medios de producir. Esta idea, por sencilla que sea, es todavía demasiado complicada para su cerebro. Lo que se limita á reclamar es el aumento del salario, sin caer en la cuenta de que, por un efecto de báscula, el precio de los objetos de consumo aumentará en proporciones casi idénticas. Es la ley de los salarios, llamada *ley de bronce* por Lassalle, y formulada quizá con un dogmatismo demasiado absoluto, aunque no menos verdadero, de una manera general.

El proletario, aislado, sería verdaderamente impotente para vencer esta sociedad que le aplasta y le condena durante su vida á la condición de máquina de producir. Por su asociación con sus compañeros de clase, está ciertamente en mejor situación para luchar contra la dominación capitalista, protegida por el Estado, guardián del «orden social»; pero esta asociación de hombres, que no tienen que poner en común sino sus miserias, aunque constituyendo un progreso, no es, sin embargo, suficiente para vencer la fuerza del oro y la fuerza de las bayonetas. El sindicato obrero no es un talismán capaz de transformar instantáneamente el mundo. Es, no obstante, el instrumento por el cual se operan, de modo complementario, la organización de la sociedad futura y la desorganización de la sociedad capitalista, según ese proceso natural que, antes de la muerte de los viejos organismos, elabora los nuevos destinados á reemplazarlos. Por el progreso de las ideas revolucionarias

en el seno de esas agrupaciones económicas, creadas en otro tiempo para la simple defensa de los salarios, y por la centralización de los capitales en manos de una oligarquía poseedora, se aproxima el momento que pondrá frente á frente el proletariado y esa oligarquía.

Individualismo feroz

Antolín era lo que se llama un golfo, un niño huérfano, indocumentado, sin familia sin domicilio; de esos que comen lo que hallan á mano, duermen donde pueden y se visten de desechos de todo el mundo.

Bien veía él que hay casas confortables, tiendas y almacenes bien surtidos, fondas que despiden tufos que hacen la boca un agua en muchos metros á la redonda, coches, teatros, etc.; mas para disfrutar de todo eso se necesita dinero, y no poco.

Recoger trapos, vender periódicos, trabajar en un oficio; todo es miseria. Harto le costaba que el dinero de los humildes no alcanza ni para los mondadientes de una persona de pro.

Decidió, pues, tener dinero, y, y para tenerlo en abundancia, procuraría ganarlo como se gana eso, poniendo la trampa gananciera arrimadita, aunque sin tocarle, al límite que se pasa lo lícito de lo ilegal: eso por el pronto; después el mismo dinero le daría alas para ir más lejos.

Al efecto forjó un plan, que, empezando por poco, podía, á fuerza de constancia, llegar á mucho. Resolvió no dar nada sin ganancia y sin garantía: se hizo prestamista. Empezó por unos céntimos arrancados usurariamente hoy, una peseta mañana y un duro otro día, y con eso cimentó un capital.

Pero avalorando las hipotecas de sus clientes, no reparó que hipotecaba su vida futura, y no tuvo tiempo que dedicar á la comprensión y al servicio de un ideal ni á los transportes del amor, ni á las dulzuras de la amistad; porque, como él decía, ante todo se ha de ser constante, se ha de tener carácter y un hombre ha de realizar el fin que se proponga.

Pasaron años, se hizo rico, y el día que realizó el negocio más lucrativo de su vida, cuando podía dedicarse al disfrute de su ganacia, se sintió enfermo.

Como es natural, el que á todo había puesto precio y sobre todo había especulado, no encotró quién le diera de balde, como únicamente tienen valor esas cosas, la asistencia del amor y de la amistad, y, con la conciencia de que había atesorado para un heredero aborrecido, murió rabiando.

El individualismo feroz de verdad según la frase convenida y aceptada causó una víctima más, y la humanidad sufrió otra pérdida.

Si empiezas por creer en Dios acabarás por creer en sus imágenes de cartón.

Premio y castigo

Juan, Pedro y Andrés, tres niños de 10 años, de un mismo pueblo, nacidos en el mismo día, fueron á la escuela juntos, y, á pesar de que el primero era hijo del alcalde, el segundo del acaparador y usurero del pueblo y el tercero de un pobre gañán, trabaron fuerte amistad.

La diferencia de categoría social les separó pronto: Juan entró en el seminario, Pedro en el instituto y Andrés se apuso á aprendiz de herrero.

A los 25 años de edad, y en un mismo día, uno cantaba misa, otro recibía el grado de doctor, y el tercero peroraba en un mitin propagando el patrimonio universal como fin y la huelga general como medio.

A los 50 años, el día aniversario de su nacimiento, Juan, preconizado obispo, entraba triunfalmente, aclamado por su grey, en la capital de su diócesis; Pedro juraba el cargo de ministro, y Andrés ingresaba en presidio.

Juan, con esa conducta adaptada á las preocupaciones dominantes que las gentes llaman virtud; Pedro con el derecho escrito en la memoria y la conciencia atiborrada de esa roncería que las gentes llaman conocimiento de la vida, ascendieron en sus carreras; halagadores de los convencionalismos tradicionales en que se funda el privilegio, los privilegiados les pagaban sus servicios.

Andrés, con la verdad por delante y la justicia como aspiración, le atrajo la enemistad de los poderosos, quienes le tendieron la telaraña legal en que el infeliz quedó enredado.

Por y para eso hay clases en la sociedad, y por ello, en vista de la iniquidad galardonada como un mérito y la dignidad perseguida como un crimen, pudo decir un ilustre pensador: «¿Quién eres tú para impedir el uso de mis derechos de hombre? sociedad pérfida y tiránica; te he creado para que los defiendas, y no para que los coartes; ve y vuelve á los abismos de tu virgen, á los abismos de la nada.»

Llegó para los tres la última hora: el místico pastor y el estadista, pastor político, recibieron los sacramentos, saldaron sus cuentas con el mundo y quedaron en paz: contribuyeron al afianzamiento y prolongación del error y del mal; pero dejaron satisfecha la justicia legal y la cristiana.

El presidiario murió abandonado en un rincón de la enfermería del penal como relapso y maldito, después de haber impulsado la obra de liberación de la humanidad.

Así, rozagantes, dominadoras y á la moda, la justicia del Estado y la de la Iglesia, huirán un día avergonzadas y corridas ante la verdad sin denominación, sin convencionalismos, que surgirá resplandeciente de hermosura del sepulcro de Andrés, rehabilitando la memoria del mártir.

La influencia del medio

«La futura ladrona — escribe la señora Tarnowsky, hablando de las desheredadas rusas — crece sin aprender á trabajar y en su ociosidad se ve entregada á todas las seducciones de la calle. Tiene frecuentemente hambre y frío; en la vivienda no hay fuego ni pan y con frecuencia le dan golpes; hasta que se cansa y acaba por venderse por una golosina ó escamotea el objeto que ambicionaba en su ociosidad de todas las horas.

»Entonces expía en la cárcel el inconveniente de ser hija de padres borrachos, pobres ó viciosos.

»Después de una primera estancia en la cárcel, nuestra joven ladrona sale rica de experiencia, adquirida cerca de sus compañeras de detención, prometiéndose poner en práctica la lecciones recibidas, ser más despabilada en el porvenir y no cometer la torpeza de dejarse atrapar.

»Tras el primer robo cometido, queda rota toda relación con su familia, que, por lo demás, no podría darle más que miseria y malos tratamientos: el delito constituye, pues, una necesidad.»

¡Qué insigne error achacar á los gobiernos la culpa de los males públicos, cuando los verdaderos culpables somos los que, recibiendo uno y otro día el azotazo de la injusticia, continuamos la vida con esa impasibilidad que espanta!...

R. DE CASTILLA MORENO

Noticias y comentarios

Hemos recibido la siguiente alocución:

«AL PUEBLO:

El Centro Obrero Societario de la Costanilla de los Ángeles no ha cesado, ni puede cesar, en la campaña emprendida hace tiempo en pro de la liberación de los presos, ínterin no tengan resultado satisfactorio las gestiones realizadas para la consecución del indulto, solicitado con interés hace tiempo por todos los organismos obreros de España.

No bastan á nuestro propósitos las notas oficiosas publicadas por la prensa madrileña indicando la opinión favorable que, en pro del indicado indulto, se observa entre el Gobierno, porque lo que deseamos son pruebas concretas, no ofrecimientos incumplidos.

No nos impulsa en esta campaña espíritu egoista de ninguna clase, ni tratamos de convertir en tendencia sistemática de agitación lo que es sólo el deseo generoso de restituir á sus hogares á mucho trabajadores encarcelados, por sus opiniones sociales y políticas y el de aminorar las penas que sufren en los presidios españoles muchos desgraciados, que delinquieron por ignorancia y por miseria: dos factores que engendra este estado social, tan injusto con el desheredado y tan complaciente con el poderoso.

Los que crean ver en nuestra campaña el afán de notoriedad ó el propósito de crear conflictos *de orden público,* están completamente equivocados, pues con nuestro criterio individual y colectivo no se elaboran pedestales para ídolos, ni con nuestro esfuerzo numérico tampoco se crean agitaciones improcedentes, inspirados en descabellados derroteros. Los que nos censuran porque trabajamos en pro de la liberación de los presos, que consulten á su conciencia en momentos reflexivos, exentos de pasión, y ella les dirá si es noble, generoso y humanitario el luchar desinteresadamente por los que sufren. Á los que nos califican de agitadores, sólo les decimos que piensen que hoy nuestra agitación es lógica, correcta, y que cuanto más saturados estemos de razón, más podemos usar de ella sin desplantes inútiles, cuando se nos obligue á cambiar de táctica.

Sépanlo, pues, todas las Sociedodes obreras de España y los Sindicatos del exterior que nos han ofrecido ayuda moral y material hasta conseguir el anhelado indulto. Creemos que el Gobierno no se hará el sordo á nuestras peticiones y considerará que el desatender á todo un pueblo que pide libertad para los suyos, es más expuesto que el negar un favor al cacique de cualquier aldea. Creemos que ya ha transcurrido tiempo más que suficiente para que en Consejo de ministros se resolviese nuestra petición.

Creemos que se nos puede y debe contestar afirmativa ó negativamente á lo que tenemos solicitado. Lo que creemos que no puede ni debe hacerse es contestar con evasivas á nuestra solicitud ó el dar la callada por respuesta á nuestra petición.

Este Centro, al dirigirse con esta circular á todas las Sociedades obreras, Centros y Agrupaciones interesados en esta campaña, lo hace con el exclusivo objeto de dar á conocer los siguientes acuerdos tomados por este Centro en Asamblea de administrativas en la noche del día 7 del actual:

1.º Verificar el día 2 del próximo Septiembre, diez mitins, uno en cada distrito de esta corte, siendo el de este Centro á las diez de la mañana del indicado día, en su domicilio social.

2.º Enviar una comisión de trabajadores á los centros oficiales para comunicar á los gobernantes los acuerdos que se adopten en los mitins.

3.º Dar la mayor extensión posible á estos acuerdos por medio del folleto, la hoja y la prensa periódica.

4.º Invitar y pedir el apoyo á todos los elementos radicales para que incondicional, moral y materialmente solidaricen y presten su concurso á nuestros actos y á la campaña subsiguiente.

Y 5.º Invitar á todas las Sociedades obreras de España á que celebren el próximo **día 2 de Septiembre** un mitin en sus localidades respectivas, en pro del indulto, rogándoles envíen las conclusiones

Monólogo de un parisiense

Miraba yo un día, no hace mucho tiempo, dos láminas que representaban escenas ocurridas en San Petersburgo.

La primera tenía esta leyenda: «Aspecto de la plaza antes del fusilamiento», y mostraba soldados formados apuntando á la multitud, donde se encontraban mezclados hombres, mujeres y niños.

La otra tenía este epígrafe: «Aspecto de la plaza después del fusilamiento». De un lado se veía á los soldados con el arma en posición de descanso; del otro, la plaza, antes ocupada por la multitud, se hallaba vacía. Muertos y heridos yacían en el suelo.

Y pensaba yo que esas dos láminas sintetizaban uno de los fenómenos más raros que puedan existir, fenómenos al que, no obstante, se presta escasa atención, de tal modo parece natural.

Los hombres vestidos de soldados se han tomado de la multitud, y en cuanto salen de ella renuncian á tener una voluntad y consienten en abandonar la facultad de razonar, sometiéndose á un corto número de hombres mejor vestidos que les oprimen duramente, y que, irresponsables también y recibiendo órdenes que no tienen el derecho de discutir, pronuncian la mortal palabra ¡fuego! que equivale á decir: tirad, sin saber por qué, sobre esa multitud de donde habéis salido y á la cual habéis de volver, con la cual habéis participado y participaréis después de sus miserias, necesidades, ideas y aspiraciones.

Y en seguida, sin la menor vacilación, los hombres uniformados matan las gentes que se les designa.

Tal es el fenómeno. Y hallaréis doctores que os demostrarán que es necesario que así sea, y no puede ser de otra manera en un Estado bien organizado.

Otro hecho admirable: la multitud sobre la que se tira, fuera de aquel momento en que recibe los balazos, es de esa misma opinión. La prueba está en que los hijos ocupan tranquilamente el lugar de los padres cuando éstos dejan de ser fusiladores para volver á ser fusilados ó susceptibles de serlo.

Y cuando se comprueban esas cosas se ve que tenía gran razon el poeta cuando dijo:

«De todos los animales que se elevan en el aire, andan sobre la tierra ó nadan en el mar, de París al Perú, del Japón hasta Roma, el animal más tonto, en mi concepto, es el hombre.»

¿Quién podrá negarlo?

H. HARDUIN

La huelga de Bilbao

Las calles de Bilbao y Santander se han teñido otra vez de sangre proletaria; los mausers han vuelto á contestar con su plomo mortífero á las aspiraciones justísimas de aquellos sufridos mineros; y el gobierno *liberal*, que preside el no menos famoso liberal, demócrata y general López, ha tenido la osadía de declarar irónicamente que á los mineros bilbaínos les asiste la razón.

Sí, la razón está de su parte, y sino, para probarlo, ahí están los fusiles de la guardia civil que, con pretexto de garantir el *orden*, acalla sus protestas, y las puertas de las cárceles se abren para dar paso á los que dan á comprender á sus compañeros esta razón, sancionada por los que, emulando á los esbirros de Trepoff, tienen la desgracia de caer en sus garras.

La petición hecha por aquellos vejados y escarnecidos obreros no puede ser más justa y humilde, todo consiste en un poco más de pan y un poco más de libertad, y todas sus pretensiones, tan justas como necesarias, han sido contestadas con el desprecio y el terror. La contestación no podía ser de otra manera; para algo vuestros hijos al llegar á la edad que la ley determina, abandonan las herramientas del trabajo y vuestras caricias para empuñar el arma homicida, garantía de los zánganos sin entrañas que viven de nuestra sangre, y además: ¿Qué les importa á ellos si á vosotros, después de un trabajo insoportable no podéis dar satisfacción á las necesidades más apremiantes de vuestros hijos? ¿Qué interés han de tener, si debido á la vida mísera y desesperada que lleváis, la anemia, germen de la tuberculosis, se enseñorea en vuestro hogar?

A ellos les importa un bledo todo esto; todas sus ansias consisten en amontonar monedas y más monedas aunque estén salpicadas de sangre humana; todas sus preocupaciones son gozar en inmundas orgías á costa de crímenes repugnantes; no, ellos no soltarán la presa de cualquier manera. ¿Cómo tolerar que unos obreros descontentadizos y revoltosos, perturben su plácida digestión? Antes que vuestro mendrugo de pan está su sórdida avaricia; que vuestro sosiego, vuestras humanas aspiraciones, vuestra libertad, están sus instintos concupiscentes y brutales; y, en fin, las balas mortíferas que han caído sobre vuestros escuálidos cuerpos os están bien merecidas, otra vez no estorbaréis las fiestas que...

* * *

Las calles de Bilbao están salpicadas de sangre obrera, los mausers, han cumplido su deber de desolación, las cárceles van saciándose de carne esclava y la burguesía, dándose por satisfecha por el bien que cumplen sus servidores.

Los eternos parias, mientras esperamos el día del balance apuntaremos las nuevas víctimas en el libro del martirologio de la reivindicación obrera.

Noticias y comentarios

La huelga que sostienen los tejedores de la fábrica de José Salvat, ha entrado en vías de arreglo. Faltan algunos puntos para dilucidar, pero los consideramos de detalle.

Habiendo entregado á las cajas lo antes dicho, se nos comunica que, como era de esperar, ha quedado solucionada favorablemente la huelga de los tejedores de la citada fábrica de José Salvat.

Subscripción para los presos por cuestiones sociales

LISTA 25.—Miquel, 0'25.—De Tarrasa, varios compañeros, 2'50;

Total, 2'75 peseta.

Continúa abierta la subscripción.

Subscripción para que Alfredo Picoret pueda ingresar en una Casa de Curación

Suma anterior, 9

Varios compañeros de Tarrasa 1'50.—Total, 10'50 ptas.

Queda cerrada la subscripción.

Imp. Mallorca, entre 257 y 259